

## La reelección de Chinilla

Que un grupo de mangoneadores y serviles aspire a asegurar la reelección del empecatado Chinilla, acatando así una vez más los deseos íntimos de este fantoche de la política nacional, en quien la vanidad morbosa corre parejas con la inguificencia congénita.—es un hecho absolutamente lógico que a nadie debe causar sorpresa. Aún más: es un hecho necesario desde los puntos de vista de la historia y de la sociología, porque habría sido monstruoso concebir que esa farándula de trapisondistas oficiara una sola hora en los altares de la República.

Esse derecho se queda para los hombres de vergüenza, para los ciudadanos de verdad, para los hijos no espúreos sino legítimos de la democracia, para los caballeros y no para los genzaros, para los costarricenses amantes de la dignidad de su Patria y no para los mercachifiles emporcados, para los varones viriles y nunca jamás para los eunucos de nacimiento o de profesión.

Los farsantes de hoy no encontrarían, ni con candela, mejor palo en qué ahorcarse ante el porvenir, que el jocote hecho astillas, quebradizo y estéril, achicharrado y lamentable, que un vendaval odioso arrancó de las riberas del Pirro para reventarlo como un insulto sobre las gradas del Capitolio, en donde estaba fresca y marcada la huella de los grandes gobernantes patriotas que supieron darle a Costa Rica, sin excepciones, honra y gloria.

Dejémoslos, pues, hacer su sainete y regocijarse en su merienda de negros, para que el último acto de su función pesetera esté a la altura de todas sus anteriores hazañas funambulescas. Porque, por lo demás, a nadie que goce de su integridad mental y moral podría ocurrírsele la idea o acometerle el temor de que estos héroes del volatín logren salirse con la suya. A ellos los trajo un viento y están predestinados a que se los lleve un trueno. Este pueblo no es Marruecos.

Sorprende, sin embargo, que el amojamado Chinilla haya tenido tanto miedo para resolverse. La valentía, ciertamente, —esa amante de ojos profundos, de labios carnosos y encendidos, de cabellera resplandeciente y suelta, que mima como una doncella y muerde como una leona,— no le ha compartido sus caricias de fuego nunca: no figura en la lista de sus favoritas! Pero después de todas las hombradas que ha hecho, después de haberles dado tantos puntapiés a las instituciones públicas, incluyendo los

cuatro Poderes, y a la sumisa comunidad, inclusive sus propios compinches, ya era tiempo, en verdad, de que se portara algo mejor que como un muñeco.

Convengamos en que el papel de Judas lo ha hecho a las mil maravillas. Siquiera eso tenemos que concederle los que, aunque hartos y asqueados ya de sus habilidades, le somos tan grandes deudores en risa. Lo que falta ahora es que sepa hacer bien su rol de Tartufo, mientras regresa a su antigua condición de modesto mequetrefe. Hagamos votos, por lo tanto, en favor de su éxito en esa nueva empresa tan digna de sus antecedentes. Así podrá agregarle el pobre una hojita más a su corona de laureles negros.

Ha pedido seis meses de plazo para decirle al país que la reelección le gusta y que le tiene aún más trastornado, si cabe, la cabeza. Yo apostaré a que él mismo no va a poder aguantar, porque se revienta... o lo revientan: tiene muchos moros en la costa,— y ya él sabe cómo esos señores se las gastan, por cuanto es de la misma partida o banda de pícreros.

Además, el país sabe lo que necesita saber. ¿Para qué hacerlo reír con tantos remilgos y aspavientos? ¿Para qué engañarse creyendo que los costarricenses pensemos ni en las pocas horas de burro que la eucaristía de la libertad política pueda estar en manos de traidores y perjuros, de mangoneadores y serviles?

Y fuera de esto, si Chinilla ha vacilado en quitarse la careta para mostrarse al público tal cual es, está en un error crásimo, porque la careta se le cayó hace tiempo y desde entonces anda hecha un estropajo por sus suelos, hasta bajo los pies de las cocineras.

De ahí viene que la reelección sea un acto lógico, como aseveré al comienzo de estas líneas, sin perjuicio de que aparezca a simple vista como el disloque elevado a la centésima potencia.

A mi juicio nada pierde Costa Rica con que ese atentado número mil principie a realizarse. La soberanía nacional sabrá imponerse, al fin, sobre el capricho de la caterva de menguados que la violan y la ultrajan desde el aciago 28 de abril y le cerrará el paso a sus torpes ambiciones, de una vez para siempre. No quiere más monigotes y talsarios que la tundán y la degüellen.

Pero el país no olvida que para que

esta liquidación sea eficaz y saludable tiene que ser completa; y completa vamos a tenerla, gracias a la desbordante inmoralidad política de Chinilla.

En este sentido, los costarricenses estamos de plácemes: no hay para qué ocultarlo. Yo por mi parte no lo oculto y por eso lo digo en mi prosa ingenta y llana, a falta de una estrepitosa carcajada homérica, que en esta ocasión vendría como de perlas: en esta ocasión o nunca, ¡válgame Dios!

GUILLERMO VARGAS

Conto de verano

## El que la ganó

Y Felipón hacía que resaltase aún más la fealdad de su rostro simiesco, lanzando risotadas como gruñidos:

—¡Ju, ju, ju!

Formaban un grupo pintoresco. Bajo un toldo de la playa, siete muchachas lindas y cinco donceles apuestos de la colonia veraneante, se divertían embromando al tonto Felipón. Era éste un mocillano fornido, alto, de manazas horribles y fealdad imponente. Bizco, chato, con la boca siempre abierta, mostradora de la dentadura renegrida. Felipón era hijo del dueño de los coches. Y el tonto servía a su padre para cuidar de las cabalgaduras. También lo utilizaba el párroco para oficiar algunas veces de campanero. Y entonces, del campanario salían dos voces: metálica, una; humana, otra. Felipón hacía duo al campaneo con estridentes gritos:

—Talán, talán; tolán, tolán.

Lo que distinguía sobre todo a Felipón era un miedo extremado. Le corrían los chiquillos. Le hacía huir cualquier mococete que le amenazara. Varias veces, los pedruscos lanzados por manos infantiles pusieron chichones en la cabeza del tonto. Y éste se refugiaba entonces en un rincón de la cuadra floriqueando y escondiéndose para que no le viera su padre que le increpaba:

—¡Cobarde, cobarde!

Aquella mañana, Felipón había ido a la playa con un recado de su padre para los señoritos.

Habían proyectado éstos una gira. Tenían encargados seis coches. Y Felipón fué a saber la hora en que deseaban tener los vehículos dispuestos para la excursión. Los señoritos se quisieron divertir un rato a costa del tonto. Dirigía las chanzonetas la más bonita, la más parladora, la de más gracejo.

—Escucha, Felipón. ¿No has tenido nunca novia?

—¡Ju, ju, ju! ¿Qué cosas se le ocurren a la señorita!

—¿Pero no te gustan las muchachas? ¿No te gusto yo?

—¡Ju, ju, ju! Como gustarme usted, sí me gusta.

Uno de los jovencuelos, encarándose con Felipón.

—¡Ah, pillastre! Con que te gusta la señorita Julia, ¿eh? Ya se lo diremos dentro de un rato a su novio, el señorito Luis, cuando vuelva de la finca.

Ya no ríe entonces Felipón. En su semblante se dibujó una mueca de espanto. Y murmuró balbuciente: